

El apareamiento empieza en los primeros meses de la primavera, efectuándose la union sexual exactamente del mismo modo que en las víboras. «La cópula de estos animales, dice Audubon, es tan repugnante, que no haría mención de ella, á no ser por la importancia que tiene para la ciencia. A principios de la primavera, aparecen las serpientes, despues de haber mudado la epidermis, en todo el esplendor de su coloracion, llenas de vida, y con ojos fulgurantes. Machos y hembras vagan por los claros de los bosques bañados por el sol, y se enlazan cuando se encuentran, hasta que se juntan de este modo en asqueroso ovillo, veinte ó treinta individuos; las cabezas se vuelven entonces hácia fuera en todas direcciones, con las fauces abiertas, silbando y agitando al propio tiempo las colas sus cascabeles. En esta postura permanecen varios días en el mismo sitio, y se expondria al mayor de los peligros el que se atreviese á acercarse á uno de estos grupos; pues tan pronto como divisan al enemigo, se sueltan todos con presteza, y le dan caza.» Esto último nos parece poco probable; pero la agrupacion de los crotalos en la época de los celos, creemos que no es discutible; pues varios observadores lo confirman, entre otros Geyer, que reproduce los datos que pudo recoger de los indios sobre el particular. El desove se verifica en el mes de agosto, rompiendo los pequeñuelos la cáscara pocos minutos despues, y sin que la madre se cuide mas de ellos. Palissot de Beauvois pretende probar lo contrario, pero nos parece poco digna de crédito la aventura que refiere en los siguientes términos: «En el primer viaje que hice al país de los iroqueses, habiendo percibido á lo léjos una serpiente de cascabel, me acerqué haciendo el menor ruido posible; pero grande fué mi sorpresa, cuando, teniendo ya levantado el brazo para herirla, vi que se agitaba, haciendo sonar sus cascabeles, y abriendo en seguida su ancha boca para recibir en ella cinco pequeñuelos, que apenas tenían el grueso de un cañon de pluma. Sorprendido por tan inesperado espectáculo, retrocedí algunos pasos para ocultarme detrás de un árbol; al cabo de pocos minutos, creyéndose el reptil, lo mismo que su progenitura, libre de todo riesgo, abrió la boca, y dejó salir á los pequeñuelos que allí se habian refugiado. Dejéme ver de nuevo, y otra vez entró la prole en su escondrijo; la madre, llevándose entonces su precioso tesoro, se escapó á traves de las yerbas, que me la ocultaron. Varios plantadores americanos me habian ya comunicado esta costumbre de la serpiente, pero no quise creerlo; despues el viajero Guillemard la ha confirmado.» Hasta ahora no se ha observado cosa parecida en ninguna otra serpiente, y seria, en verdad, extraordinario que el crotalo hiciera una excepcion de la regla general. Merece mas fe que este cuento, que por lo demás ha encontrado bastantes crédulos, la siguiente relacion que hace Geyer de un hecho presenciado por él mismo: «Tan solo una vez tuve ocasion de observar el nacimiento de los pequeñuelos: era en el mes de agosto, y en las inmediaciones de una vivienda abandonada por los mormones, á orillas del Misouri. Una hembra se soleaba delante de la entrada de la cabaña, y al acercarme se escondió debajo del umbral de la puerta; entonces vi en el mismo sitio una pequeña serpiente de seis pulgadas de largo. Introduje un palo por debajo del umbral, y oí como sacudia la hembra los cascabeles en su huida, descubriendo al propio tiempo varios pequeñuelos; hice volar un pedazo del marco de la puerta, y encontré sobre la tierra seca, y entre algunas piedras, unos cuarenta huevos, muchos de ellos ya vacíos. Tenian distintas formas, y eran del tamaño de los de paloma y de color pajizo. Los jóvenes crotalos mostraban ya tal afición á morder, que me causó verdadera sorpresa. No tiene, pues, fundamento el aserto de que la serpiente de cascabel, al verse amenazada, oculta los hijuelos en sus fauces: en

el caso que acabo de referir, la madre tuvo ocasion para poder hacerlo; pero, por el contrario, huyó, abandonándolos.

» El enemigo mas temible de la serpiente de cascabel, dice el mismo observador, es un invierno riguroso, sobre todo cuando se presenta temprano y de improviso; las grandes inundaciones en la primavera son igualmente perjudiciales, lo mismo que los incendios de los bosques y de las praderas. Hay varios ejemplos de distritos que quedaron limpios de crotalos, despues de un invierno cruel, de inundaciones ó de incendios. Cuéntase generalmente que los cerdos matan y devoran estas serpientes, y que el veneno de estas no les causa daño alguno, cuentos á los que han dado crédito varios naturalistas. Los muchos experimentos que he hecho con este motivo, me han dado siempre igual resultado, esto es, que los cerdos, lo mismo que otros animales domésticos, no solo temen la serpiente de cascabel cuando viva, pero que ni siquiera se atreven á tocarla muerta y despedazada.»

No he querido pasar por alto las últimas noticias de Geyer; pero debo añadir que ya los primeros naturalistas reconocen la utilidad del cerdo como exterminador de las serpientes de cascabel, y los observadores participan de la misma opinion. «Tan luego como la serpiente ve un cerdo, dice Kalm, pierde todo su valor y emprende la fuga. Los cerdos las olfatean ya desde léjos, precipítanse sobre ellas y las acometen á dentelladas. Cuando las han cogido sacúndelas con fuerza y las devoran despues sin que les produzca ningun mal efecto; bien es verdad que no comen la cabeza. Los colonos recién llegados se proveen al punto de cerdos con la seguridad de que exterminarán en poco tiempo los crotalos que existan en sus terrenos. Las serpientes muerden á veces á algun cerdo, pero casi nunca le causan daño.» No veo nada de inverosímil en este relato de Kalm; los observadores modernos confirman esta opinion.

«Ningun punto del Oregon, dice Brown, estaba mas infestado en otro tiempo de serpientes de cascabel que los valles del rio Columbia; estos reptiles molestaban al principio mucho á los colonos, llegando hasta el interior de las casas. Todos los esfuerzos para exterminarlas fueron inútiles, hasta que los cerdos se propagaron como animales domésticos. Estos útiles animales eran conducidos á los bosques para engordarlos, dejándolos allí en libertad, y desde aquella época el número de serpientes de cascabel ha disminuido de tal modo, que en mi excursion á través del país no vi durante quince días, en una extension de seis ó siete leguas inglesas, al menos que yo recuerde, ni siquiera uno de estos crotalidos. Solo en las regiones donde no habia cerdos esas serpientes abundaban. Parece que hay una aversion natural entre los cerdos y esos reptiles, pues apenas uno de los primeros divisa una serpiente, cae sobre ella antes de que pueda hacer uso de sus ganchos venenosos; le pone un pié en la nuca, aplástala y la devora despues tranquilamente. Los indios conocen muy bien esta enemistad y mas de dos veces he visto á una india rogar á los colonos la diesen un pedazo de carne de cerdo fresca para atársela á los tobillos y preservarse así de los mordiscos del crotalo al buscar bayas en el bosque. En el Oregon meridional existe la opinion, poco probable, de que la carne de cerdo hasta es un antídoto contra el veneno de las serpientes. Sin embargo puede ser exacto que la espesa capa de grasa preserve al cerdo mismo de las mordeduras de los crotalos, por no poder penetrar los ganchos venenosos hasta la sangre.»

De la misma opinion es Bruhin. «Los crotalos, dice, abundaban antes bastante en el condado de Milwaukee, mientras que ahora han desaparecido casi del todo á causa de la persecucion por parte del hombre y de los cerdos. Por

lo menos no conseguí durante cinco años coger un solo individuo, á pesar de que crucé el país en todas direcciones y aunque tambien en la nueva colonia se encuentra alguna serpiente de cascabel.» En vista de estos datos tan conformes de varios observadores, desconocidos al parecer uno de otro, y segun noticias análogas de otras regiones, creo que Geyer no ha sabido apreciar bastante la utilidad de los cerdos.

«Citase además, prosigue Geyer, como enemigos de las serpientes de cascabel á las comadrejas y los tejones, especialmente el tejón negro de bosque; jamás he creído que las primeras se atrevieran con estos temibles ofidios, y por lo que toca á los tejones, he practicado tambien experimentos con el de bosque, obteniendo igual éxito que con los cerdos. No es menos erróneo todo lo que se dice respecto á los enemigos que tiene la serpiente de cascabel entre las aves de rapiña; exceptuando el busardo y el serpentario, todos los demás que se citan son demasiado débiles para poder atacarla. Una especie de buitre, que goza la fama usurpada de gran destructor de crotalos, la he encontrado casi siempre muy abundante en los puntos donde raras veces aparecen dichos reptiles; con todo, es muy probable que las aves de rapiña devoren las jóvenes serpientes, que tambien serán presa de los grandes mochuelos de las praderas.

«Muchos son los reptiles de esta especie que mueren en las carreteras, ya sea á manos del hombre, ó ya aplastados bajo las ruedas de los carros. A nadie le duele apearse del caballo, para tener la satisfaccion de disminuir el número de animales tan perniciosos. A pesar de los muchos que he visto y que he muerto, jamás pude dominar por completo el horror que me causaban estos reptiles, aunque solo una vez me mordió uno de ellos en la punta de la bota, pero sin llegar á herirme. Con todo, en América tan solo se retrocede al percibir una serpiente de cascabel, con la intencion de buscar una piedra ó un palo para matarla. Cualquiera chico se atreve con ella, de modo que no es tanto el miedo que infunde. Además, en las tierras habitadas de la América del norte, ya es una rareza encontrar un crotalo; pues no ha dejado de producir su efecto la continua persecucion que se ha hecho á su especie. Segun Castelnau, en todos los territorios que se van á cultivar por primera vez, empíezase ante todo por cazar en grande escala á estos temibles huéspedes, y no se deja hasta haber dejado todo un distrito completamente limpio de ellos.» Añade Geyer, que en un solo día fueron muertos, en las inmediaciones del lago Jorge, cuatrocientos crotalos, y que entre tantos cadáveres como vió de estos reptiles, jamás pudo observar que otros animales los comieran; tan solo un escarabajo, ancho y aplanado, de color ceniciento, suele hacer pasto de sus restos.

«Los indígenas, dice tambien este excelente observador, temen mas la serpiente de cascabel que los blancos, pues entre ellos encuéntrase algunos que, despreciando la mordedura venenosa que les pudieran causar, las cogen con la mano desnuda. Un hijo del célebre general Clark, que formaba parte de nuestra caravana á las Montañas Pedregosas, llevaba siempre los bolsillos llenos de cascabeles de crotalos: apenas percibia uno de estos, echaba á correr detrás de él, le ponía el pié izquierdo sobre la cabeza, le arancaba con la mano derecha el aparato caudal, y lo soltaba en seguida, sin que jamás tuviese la desgracia de ser mordido.

» Los siux ó dacotas no matan ninguna serpiente de cascabel, venerándola, por el contrario, á causa de su astucia, y tienen por buen agüero cuando encuentran uno de estos reptiles. A esta circunstancia deben estos indios el nombre de «nadovesyu», que les han puesto las tribus enemigas, no

siendo el de siux otra cosa que la última sílaba de aquel. Ninguna otra tribu india rinde culto á estos animales, ni siquiera los chachonis, conocidos tambien bajo la designacion mas vulgar de «indios serpientes.»

Muchos animales conocen y temen á la serpiente de cascabel. Los caballos y los novillos se espantan al verla, y huyen; los perros la paran, pero conservándose siempre á respetuosa distancia; los pájaros empiezan á chillar lastimosamente, tan pronto como notan su presencia. «A unos veinte pasos de mi casa, refiere Duden, vi un crotalo que mediria tal vez cinco piés de largo, enrollado al pié de un nogal, y que habia tomado una actitud amenazadora á la vista de mis perros. Tenia la cola en continuo movimiento, y producía con ella un ruido semejante al que hace un amolador cuando pasa unas tijeras por su muela de afilar; al propio tiempo estiraba hácia los dos perros su cabeza, con las fauces abiertas. Estos, inmóviles, la miraban, pero sin atreverse á atacarla, aunque ninguno de ellos se hubiese jamás mostrado cobarde para dejar de acometer á los lobos. Habia tambien dos gatos allí cerca, que parecían poseidos de igual admiracion. Estaba ya temeroso por la suerte de mis animales domésticos, cuando la serpiente cambió de repente de postura, y siguió su camino. Los perros y los gatos la dejaron pasar, pero la siguieron despues, si bien aparentemente, tan solo por curiosidad. Disparé entonces al reptil una perdigonada que lo cogió de lleno, y lo rematé despues á estacazos. No pude conseguir que ninguno de mis animales se acercase al cadáver, causándoles este igual repugnancia que la serpiente viva.»

VENENOSIDAD.—Pretenden algunos observadores que el crotalo acostumbra siempre sacudir sus cascabeles antes de morder, pero esto no es exacto; véase lo que dice Geyer: «Cuando reptaba con lentitud, arrastra por el suelo el apéndice caudal; pero cuando huye lo levanta y lo hace sonar tambien, y tan solo cuando persigue su presa, no deja oír ruido alguno. El sonido del llamado cascabel se parece al que hace un amolador con su instrumento; en las praderas del alto Misouri existen unas pequeñas langostas, que cuando vuelan producen un ruido idéntico. La serpiente no anuncia siempre su presencia, y si tan solo cuando se espanta ó se ve atacada. A menudo he descubierto uno de estos reptiles á tres pulgadas apenas de distancia del sitio que ocupaba yo un momento antes.» Los indios pretenden, segun dice Kalm, que el crotalo no agita su aparato caudal cuando premedita atacar: aserto que parece estar en consonancia con las cualidades de astucia y prudencia que ellos tanto admiran en dicho animal, pero que no tiene fundamento alguno. A nuestro modo de ver las sacudidas que imprime el crotalo á su cola, haciendo sonar los cascabeles, no son mas que una señal de viva agitacion interior, la que tambien se manifiesta de igual modo en otras serpientes, aunque sin producir ruido alguno.

Los crotalos cuidados por mí hacian siempre ruido con la cola cuando se les molestaba, y apenas álguien se introducia en la habitacion donde estaba la jaula. El ruido de los apéndices, que en mi opinion puede compararse con el que produce la langosta, siendo sin embargo mas sonoro, resulta de los movimientos laterales de la cola, siempre tan rápidos que la vista apenas puede divisar el cascabel. Verdaderamente admirable es la perseverancia con que el crotalo continúa produciendo ese rumor, pues lo hace hasta que se cree fuera de peligro. Me he entretenido á menudo en probar su paciencia, pero yo fui quien antes se cansó. Al alejarme un poco de la serpiente excitada, el ruido disminuía, mientras que aumentaba tan luego como me acercaba otra vez, acreciendo al propio tiempo la cólera del reptil. Segun mis

observaciones, creo poder suponer que siempre produce el citado ruido cuando divisa oportunamente al hombre que se acerca, y que muere silenciosa, cuando aquel le sorprende.

La mordedura de este ofidio es siempre muy peligrosa; pues sus dientes extraordinariamente largos y aguzados penetran á través del paño recio y de gruesas pieles. «Muerde, dice Geyer, con una fuerza de la que no se le creeria capaz. Una vez convencido de que no podia saltar el crótalo, me entretuve en estudiar su manera de morder. Encontré que no se rompen tan fácilmente sus ganchos venenosos, aun cuando clavados en un palo se den rápidas vueltas á este: la serpiente se retuerce con el palo y hasta se deja levantar del suelo suspendida de él. Un crótalo, de unos cinco á seis piés de largo y con doce piezas en su apéndice caudal, hincó mas de treinta veces los dientes en un recio palo de pulgada y media de diámetro, arrancando un pedazo de corteza, y volvió á morder de nuevo. Cuanto mas dura este experimento mas se excita la serpiente, que furiosa repite sus mordiscos con extraordinaria rapidez, hasta que finalmente, pierde las fuerzas y parece acobardada.

»En las praderas del Misouri tuve ocasion de admirar una vez mas la fuerza con que clava sus dientes el crótalo. Vi venir hácia mí un buey, que parecia furioso; á fin de evitar el contacto de sus astas, incliné mi caballo hácia un lado, haciéndole tomar al propio tiempo un buen trote. El buey pasó á mi lado casi rozándome, y percibí entonces que llevaba colgando detrás de la barba una gran serpiente de cascabel. Volví grupas para seguirle, y pude ver cómo describiendo un ancho semicírculo, rompía á través de unos zarzales, consiguiendo librarse de este modo de su enemigo. Deseoso de observar las consecuencias de la mordedura, apeéme de mi caballo. El buey se dirigió primero lentamente hácia el demás ganado que estaba allí pastando, pero sin tocar la yerba; pocos minutos despues se paró, dejando caer la cabeza é inclinándola hácia el lado opuesto al que tenia herido; percibí entonces cierto temblor desde las rodillas hasta los piés, que fué aumentando cuando le obligué á andar adelante. El sitio de la mordedura estaba ya hinchado fuertemente hasta la oreja. Esto sucedia entre nueve y diez de la mañana. Volví al mismo punto á las cuatro de la tarde del dia siguiente, y encontré al animal todavía en el mismo puesto, estirado en el suelo, con la boca abierta y seca, la lengua hinchada y colgando, cubierta de tierra seca, y debajo un hoyo en el suelo que debía haber hecho con aquélla. La herida supuraba, y la cubrian enjambres de moscas. Como no habia habitacion alguna allí cerca, nada pude hacer por el pobre animal, y me contenté con cortar un poco de yerba, que humedecí con agua y le introduje en la boca.

»Los efectos del veneno varian segun el grado de irritacion de la serpiente. Considerase generalmente menos ponzoñosa la mordedura en tiempo húmedo y fresco, y por el contrario, muy peligrosa durante los dias calurosos de agosto y cuando acaba de abandonar el reptil su guarida invernal; en estas épocas, las de mayor excitacion de la serpiente, se muestra acometedora y se adelanta á veces algunos pasos hácia el viajero, sacudiendo sus cascabeles. Ví una vez á un muchacho indio que habia sido mordido en el citado mes de agosto; todos los medios que emplearon sus compatriotas fueron infructuosos. Ofrecia el chico un espectáculo horroroso, pues la gangrena se habia ya comido la carne en la parte herida hasta el hueso, y se veia materialmente cómo el cuerpo se iba pudriendo de abajo arriba. Era tan repugnante el olor que despedian sus heridas, que se necesitaba gran fuerza de voluntad para acercársele. El martirio del infeliz muchacho duró unas seis semanas.

»Tampoco poseen los indios un antídoto seguro contra la

mordedura de la serpiente de cascabel. Con todo, sábese que se han empleado varias plantas con singular éxito, como la *Aristolochia serpentaria*, *Prenanthes serpentaria*, *Echinacea purpurea*, *Serotina angustifolia* y *Eryngium aquaticum*; la *Polygala Senega* y *P. purpurea* no se consideran tan eficaces como aquellas. Lo mas particular es, que de todas estas plantas solo se hace uso de sus raíces, las que secas llevan siempre consigo los indios, reduciéndolas á pasta con los dientes en el acto de aplicarlas á la herida. En opinion de los cazadores americanos, el antídoto mas seguro, si bien el mas doloroso igualmente, es quemar un montecillo de pólvora humedecida sobre la mordedura; al propio tiempo, suelen propinar al paciente, como medicamento interno, cierta cantidad del mismo ingrediente, cosa de una carga de escopeta de una vez. Sin embargo, como estos cazadores suelen tener la pólvora en gran aprecio, es de temer que la atribuyan demasiada eficacia; con todo, la cauterizacion de la herida en los primeros momentos produce siempre muy buenos resultados.»

Felizmente, va siendo ya muy conocido entre los americanos el uso del remedio que hasta ahora se ha mostrado mas eficaz: la toma en grandes dosis de los alcohólicos. «En setiembre de 1820, refiere Mayrand, oí de noche los gritos angustiosos de una mujer, y pocos minutos despues me avisaron que el esclavo Essex habia sido mordido por una serpiente de cascabel, y parecia moribundo. Le encontré efectivamente en muy mal estado, con las quijadas cerradas y sin movimiento alguno; el pulso irregular y apenas perceptible. La humanidad por un lado, y mi propio interés por otro, exigieronme que hiciese cuanto estuviera á mi alcance para salvar al infeliz. Habia oido hablar de la eficacia de las bebidas espirituosas, y resolví por lo tanto, hacer uso de los mas poderosos excitantes que tenia á mano; mezclé una pequeña cucharada de pimienta española, molida muy fina, con un vaso de aguardiente, y separando á viva fuerza las mandíbulas de Essex, le introduje la pocion. Esta primera toma y las tres ó cuatro siguientes fueron arrojadas, pero la quinta, por fin, permaneció en el estómago. El pulso subió despues de haber propinado al paciente cinco ó seis vasos mas, pero volvió á bajar luego; por lo que continué administrándole mi remedio. No dejaba de temer fatales resultados de la gran cantidad de excitante, pero como el pulso bajaba cada vez que demoraba una toma de aquel me veia obligado á no interrumpirlas. Despues de haberse tragado el enfermo mas de una botella de aguardiente pimentado, empezó á hablar con los demás negros; dos horas mas tarde, durante las cuales habia continuado tomando el mismo remedio, se encontraba el pobre Essex tan restaurado, que pude abandonarle al cuidado de sus compatriotas. Al dia siguiente su estado habia mejorado considerablemente; pero sus fuerzas no habian vuelto todavía. No dejé, pues, de darle cada hora una pequeña toma de espíritu de cuerno de ciervo, como tambien viandas nutritivas. Durante la noche se consumieron unas tres botellas de aguardiente. Apoderóse la gangrena de parte de la carne debajo de la barba, y al rededor de la herida perdió el paciente un pedazo del tamaño de un duro; con todo, la cura fué muy pronto completa, mediante cataplasmas y lociones con la decoccion de la corteza de la encina roja.

»Un año despues, fuí llamado tambien de noche para salvar á otro negro mordido por una serpiente de la misma especie. El enfermo se quejaba de fuertes dolores en el pecho y arrojó gran cantidad de humor bilioso. Mandé administrar repetidas tomas de aguardiente con pimienta verde, hasta que volvió el pulso; disminuyeron los dolores, y despues de haber tragado el hombre seis vasos de la pocion, se

encontró muy aliviado; poco á poco cesaron los dolores y los vómitos, y al cabo de doce horas estaba el paciente fuera de peligro. Bebió en todo como una botella de aguardiente pimentado.

»Por un amigo tuve noticia del siguiente caso: Encontróse á un hombre, que acababa de ser mordido repetidas veces por una serpiente de cascabel, y fué llevado á su casa en concepto de moribundo; al corto rato volvió en sí, en perfecto estado de salud. Sus compañeros dijeron que habia salido de casa completamente ebrio, y probablemente tropezado y caído encima de la serpiente; el excitante que tenia en el cuerpo habia, sin duda alguna, neutralizado la accion del veneno.»

CAUTIVIDAD.—Los crótalos cautivos suelen rehusar durante mucho tiempo la alimentacion, pero por fin la aceptan cuando su jaula está construida de un modo conveniente. Un individuo que yo compré no comió nada por espacio de siete meses aunque mató á los animales que le presenté; solo cuando hubo enflaquecido de tal manera que parecia un esqueleto, devoró una rata despues de envenenarla. Aunque ya habia soportado antes dos meses de cautividad, un ayuno de otros nueve no le perjudicó en manera alguna. Durante su abstinencia voluntaria bebia agua á menudo, bañábase, y mudó la piel varias veces; despues de cada muda parecia necesitar alimento; mostrábase mas vivaracho é inclinado á morder; mató varios animales, dejándolos abandonados en el suelo, y por fin devoró una rata, comenzando desde entonces á comer con tal regularidad, que al cabo de dos meses habia vuelto á recobrar toda su gordura. Tambien en otra ocasion observé la pereza del crótalo: aunque advertido por Effeldt, quien me aseguró haber observado una cosa análoga, mandé echar en la jaula de mis serpientes de cascabel cautivas algunas ratas vivas, á las cuales se alimentó, hasta que por fin fueron víctimas de la ira del reptil. Los roedores se acostumbraron pronto á su nueva vivienda, y el ruido que producía la serpiente solo parecia causarles curiosidad, pero no miedo. Trataban al ofidio cual si no existiera; corrían por encima de él, saltaban sobre su lomo, y por fin dejaron de hacer aprecio de la cólera del reptil, que á veces llegó á tomar su posicion de ataque, permaneciendo en ella horas enteras. Cierta mañana, al acercarme á la jaula de mi crótalo, observé que no hacia ruido con su cola, segun acostumbraba tan pronto como me veia; estaba tendido en toda su longitud en el suelo, y al parecer enfermo, pues no hacia ningun movimiento, y solo sus ojos, siempre muy vivos, conservaban su expresion maligna. Al medio dia el reptil murió en el mismo sitio; y al sacarle de la jaula vióse en su cuerpo una grande y profunda herida, que debió causar su muerte. La rata habia empezado á comerse viva á la terrible serpiente venenosa. Effeldt, á quien dí cuenta del hecho, se alegró mucho de ver confirmada de tal modo su profecía, y me advirtió de nuevo que no pusiera en la jaula de las serpientes venenosas otros mamíferos que los que no pueden causar daño, tanto mas cuanto que todos estos reptiles de gran tamaño se acostumbran pronto á devorar tambien animales muertos y aun pedazos de carne humana.

Quando se las cuida como conviene, las serpientes de cascabel se conservan muy bien en cautividad. Sábese de algunos individuos que han podido resistir de este modo doce años de cautiverio. Al principio se muestran, como las viboras, muy rebeldes; pero con el tiempo va cediendo su ferocidad, llegando por último á conocer á su guardian, y ya no procuran morderle cuando se acerca á la jaula. Con sus congéneres viven en perfecta armonia. «Treinta y cinco de estas serpientes, dice Mitchell, que tuve reunidas en una misma jaula, nunca manifestaron señal alguna de enemistad entre

sí, aun cuando se arrojase de repente entre las antiguas una nueva compañera de la misma especie, mientras que la aparicion de un conejo, una paloma, etc., producía en el acto gran alboroto. Por lo general, su estado regular era el de la mas completa indolencia. Bajo una temperatura calurosa se mostraban mas animadas, y retorciéndose y enlazándose unas con otras en forma de ovillo, cambiaban alguna que otra vez de postura, pero con mayor frecuencia permanecian largos ratos en la mas absoluta inmovilidad.» Esta quietud es tanto mas temible cuanto que está en chocante contradiccion con la extraordinaria rapidez de la acometida de estos animales, é infunde una confianza engañosa al aficionado, que puede serle fatal alguna vez.

Un tal Neale, que habia tenido cautivos muchos individuos de esta especie, adquirió el convencimiento de que eran susceptibles de domesticacion. Pretendia que la música ejercia tambien influencia en estos reptiles, y aseguraba que tratándolos con dulzura se amansaban los mas furiosos. Por último, parece que efectivamente este hombre presentó en público crótalos domesticados. «La mansedumbre de estos animales, refiere un testigo presencial, llega al punto, que despues de decirles su domador algunas palabras y de acariciarles con la mano, se dejan coger por él y manejar como si fueran cuerdas. El hombre hace que las serpientes suban por su pecho y se le enrosquen alrededor del cuello, las besa, y repite estos ejercicios con todas, una tras otra; y estos temibles ofidios, en vez de procurar hacer mal á su dueño, parecen, por el contrario, demostrar cierto cariño hácia él. Este les abre la boca y enseña sus ganchos venenosos, etcétera. La seguridad del domador consiste además en el eficaz antídoto que dice él poseer contra la mordedura de estas serpientes, y del que no hace misterio alguno. Ante todo, asegura Neale, debe lavarse bien la boca con aceite caliente y chupar entonces la herida, bebiendo despues de una decoccion de la raíz de la serpentaria, hasta que se presenten fuertes vómitos; una vez conseguido esto, ya no hay que temer.»

No creemos del todo imposible que tratándolas debidamente se lleguen á domesticar hasta cierto punto las serpientes de cascabel; con todo, su roce no deja por eso de ser siempre muy peligroso, y casi todos estos domadores pagan un dia ú otro con su vida la menor imprudencia.

EL CRÓTALO DE DIAMANTE—CROTALUS ADAMANTEUS

De las seis especies de crótalos que se conocen, nada menos que cuatro pertenecen á la mitad septentrional del continente, y solo una se encuentra mas allá del istmo de Panamá. En el sur de los Estados Unidos se observa ya el crótalo de diamante, cuya área de dispersion se toca en la América central con la del crótalo hórrido, única especie que hasta ahora se ha encontrado en la América del sur.

CARACTÉRES.—El crótalo de diamante es sin duda la especie mas bonita del género, y tambien es superior á todas las demás en tamaño, porque no son raras las hembras de 2^o,30 de largo. Distinguese de la serpiente de cascabel por tener la cabeza muy grande y prolongada, con sus escudos poco desarrollados, y además por el color y los matices; de tal modo que apenas es posible confundir ambas especies. El pequeño escudo de la punta del hocico es triangular; los frontales, poco desarrollados, afectan la forma cuadrilátera; los grandes escudos de las cejas presentan un borde muy saliente; la coloracion, despues de la muda, consiste en un magnífico pardo verdoso, que en algunos individuos es pardo dorado y se oscurece mas y mas hasta la pró-